EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL AMOR
Y LA SOTANA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

J, y T DE ASENSI.

Asensi, Julia de.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

EL AMOR Y LA SOTANA.

V 23 1122

EL AMOR Y LA SOTANA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

J. Y T. DE ASENSI.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro MARTIN de esta córte la noche del 4 de Marzo de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUCÍA	D.ª Cármen Valero.
DOÑA AMPARO	D.ª Eladia García.
LORENZO	D. Enrique Costa.
DON JOSÉ, sacerdote	D. Pascual Alba.
DON TOMÁS	D. Salustiano Muñoz.

La escena en una aldea.—Época actual.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GÚLLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON ENRIQUE COSTA.

Gracias á tu inteligencia de artista y al escrupuloso celo que has demostrado en la direccion y desempeño de esta comedia, hemos conseguido un éxito muy lisonjero para nosotros.

Nos impulsa por lo tanto á dedicártela, no sólo la amistad que te profesamos, sino los deberes de la gratitud y el agradecimiento,

Los autores.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/elamorylasotanac00asen

ACTO ÚNICO.

Sala modestamente amueblada en casa de D. Tomás. Puertas laterales y en el fondo. Á la izquierda del espectador una mesa con varios libros. En el fondo una ventana por la que se descubre un jardin.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA AMPARO y D. TOMÁS.

AMPARO. En vano quiere ocultar
que la mata alguna pena,
pues su frente ántes serena
hoy la doblega el pesar.
TOMAS. Á su edad nada entristece.
AMPARO. Algo tiene.
TOMAS. No lo creo.
AMPARO. Yo que soy su madre veo
que su corazon padece.
Más de una vez que creía
que yo me hallaba distante
he visto por su semblante
que una lágrima corría.
Si en lo que su mal consiste
sabe que intento inferir,
me abraza, suele reir,

pero su risa es muy triste.
¿Piensas tú que oscurecida
para mí puede quedar
su pena, si de mi hogar
es la joya más querida?
Si sabes que mis enojos
cesan si en ella se agotan,
y si llora tambien brotan
las lágrimas de mis ojos.
¿Cómo he de ignorar, Tomás,
cuando el dolor la taladre
si el corazon de una madre
no se equivoca jamás!

TOMAS. Para llorar no hay razon
en los años juveniles.

AMPARO. ¿Acaso á los quince abriles
no se tiene corazon?

TOMAS. Penas de poco interés
que solo amargan un dia.

AMPARO. Tomás, mi pobre Lucía
ya lleva así más de un mes.

TOMAS. ¿Qué ha de causar su dolor
en el fondo de esta aldea?

AMPARO. No hay quien me quite la idea
de que su mal es amor.

TOMAS. ¡Amor! ¡Cuántos desatinos!
¿Á quién habia de amar
en este pobre lugar
que cuenta veinte vecinos?
Además á nadie ve
como sabes.

AMPARO. Es lo cierto;
que guarda penas advierto
y explicármelas no sé.

TOMAS. ¡Las hembras! Á Dios bendigo
porque no me dió ninguna.

AMPARO. Tomás, es una fortuna,
francamente te lo digo.
Bien amarga es la mision
que el cielo á la madre ha dado,
tanto amor, tanto cuidado
sin hallar compensacion,

y cuando la infancia pasa
y más el alma la adora,
un hombre ve, se enamora,
deja á la madre y se casa.

TOMAS. Aun de niños ménos mal,
pero cuando son mayores
nos dan muchos sinsabores.

AMPARO. ¿Pues y los hijos?

TOMÁS. No tal.
Si no á mi Lorenzo ve
que un disgusto no me ha dado,
y eso que algo preocupado
me tiene á veces.

AMPARO. ¿Por qué?

TOMAS. Me complace con ardor,
por mí estudia teología,
pero una monomanía
le ha dado por ser pintor.
Siendo sacerdote tiene
seguro su bienestar,
y se dedica á pintar
más de lo que le conviene.
Despues de Dios, él venera
en su entusiasmo sencillo
á Velazquez, á Murillo,
á Zurbarán y Rivera.
Y cuando se encuentra á solas
está contrito rezando,
ó los lienzos imitando
de esas glorias españolas.
En fin, si es que se da prisa
en terminar la carrera,
ántes de lo que él espera
pienso que ha de cantar misa.

AMPARO. Es muy dócil.

TOMAS. Vocacion
no le falta.

AMPARO. ¿Y no ama el mundo?

TOMAS. Tan sólo un desden profundo
inspira á su corazon.

AMPARO. Mas ¿tu cariño no ve
que le separas de tí?

TOMAS. Que puede quedarse aquí
asegura don José.
No dejará de buscar
grandes empeños de fijo
con objeto de que mi hijo
no se mueva del lugar.
De mi vejez será el faro
y en sus brazos moriré.
(Llaman á la puerta del fondo.)
AMPARO. Llaman.
TOMAS. Será don José,
corre á abrir la puerta, Amparo.
(Amparo abre.)

ESCENA II.

DICHOS, D. JOSÉ.

AMPARO. Buenos dias, don José.
TOMAS. Mucho ver á usted celebro.
JOSE. He pasado por aquí
y resistir al deseo
de entrar no me fué posible,
y á verles un rato vengo.
¿Cómo está Lucía?
AMPARO. Buena.
JOSE. ¿Y Lorenzo?
TOMAS. Tambien bueno;
hace ya más de dos horas
que por aquí no le vemos.
JOSE. ¿En qué se ocupa mi ahijado,
en estudiar?
TOMAS. Eso creo.
AMPARO. El pobre no hace otra cosa.
TOMAS. Pues aún no estoy satisfecho.
JOSE. ¿Cómo?
TOMAS. Hace un sólo instante
que á Amparo estaba diciendo
que se ocupa muchos ratos,
más de los que yo deseo
en pintar.
AMPARO. Le agrada mucho.

JOSE. Ningun mal existe en eso.
TOMAS. Tan sólo sandeces pinta;
hace muy poco, en Enero,
terminó un cuadro que él
quizá lo hallase muy bello,
mas que á mí no me gustaba,
y tuvo el atrevimiento
de remitirlo á Madrid,
y hubo más, hizo ponerlo
en la exposicion.
AMPARO. Tal vez
el cuadro no fuese bueno
como Tomás asegura,
pero yo me encanté al verlo.
Era un retrato exactísimo,
precioso, de cuerpo entero
de mi niña.
JOSE. ¿De Lucía?
AMPARO. Rizado y suelto el cabello,
animada la mirada
y los labios entreabiertos
por una dulce sonrisa
pura cual sus pensamientos.
Cerca de ella muchas flores,
algunos árboles lejos,
dos viajeras golondrinas
hácia su patria volviendo
atravesando veloces
el sereno firmamento.
Lucía cuando lo vió,
dichosa y al propio tiempo
conmovida, se detuvo
frente al cuadro de Lorenzo
y le dijo:—«Escucha, primo,
tan bien tu pintura encuentro,
que al entrar pensé que estaba
mirándome en un espejo.»
Este elogio á mi sobrino
le dejó muy satisfecho.
TOMAS. Todo eso son necedades.
AMPARO. Por pintar no pierde el cielo.
JOSE. Al contrario; con placer

veré algun dia los frescos
de la iglesia restaurados
por él, hay algunos buenos.

TOMAS. Si pintase cuadros místicos...
Yo le encargué un San Mateo
una vez, pero fué en balde,
y un San Juan, y aún no lo ha hecho.

JOSE. Ya lo hará.

AMPARO. Su alma es de artista.

JOSE. Por eso vuela tan lejos,
y por eso lo mundano
le causa inquietud y tédio,
que él aspira á lo divino.
(Á Tomás.) Realizando tu deseo
y el mio, que es su ventura,
pues sabes lo que le quiero,
pronto será sacerdote
tu excelente hijo Lorenzo.
Apenas esto suceda...

TOMAS. Permita Dios que sea presto.

JOSE. Ya tiene su porvenir
asegurado.

TOMAS. Es muy cierto,
y no hay duda que el muchacho
ha nacido para eso.

JOSE. Además de realizar
su más entusiasta anhelo,
que es ser ministro de Dios,
tu hijo Lorenzo habrá hecho
los estudios más profundos
que le es dado hacer á un clérigo.

TOMAS Tendrá una buena carrera,
por eso estoy tan contento.

JOSE. Carrera que siempre inspira
veneracion y respeto
y ha de colocarle pronto
en el honorable puesto
que forma y siempre ha formado
la aristocracia de un pueblo.
El sacerdote, el alcalde,
el boticario y el médico
son entidades muy dignas

de estimacion y de aprecio.
Además el sacerdote
en su santo ministerio
puede hacer bien, mucho bien;
visitar al triste enfermo,
prestar al necesitado
ó su ayuda ó sus consuelos;
si es orador, desde el púlpito
dar excelentes consejos,
salvar almas, mision bella
que pocos hombres tenemos.
Tambien nosotros gozamos
de un apacible contento
si la santa caridad
con los pobres ejercemos.
Nadie ve como nosotros
el mal, ni pone el remedio,
y esto á Lorenzo de fijo
debe agradarle en extremo.

AMPARO. ¡Pero es tan jóven!

JOSE. ¿Tan jóven?

TOMAS. Así tiene mayor mérito
que jóven renuncie al mundo.

JOSE. Igual jóvenes que viejos,
doña Amparo, usted bien sabe
que servir á Dios podemos.

ESCENA III.

DICHOS, LUCÍA que entra por una de las puertas laterales.

AMPARO. Aquí está Lucía. Niña,
ve á don José.

LUCIA. Ya le veo:
don José, venga esa mano
para darle en ella un beso.

TOMAS. La muchacha estará triste,
pero yo alegre la encuentro.

AMPARO. Sus mejillas que eran rosas
hoy son azucenas.

TOMAS. Cierto,
mas si está bella y contenta

quién va á reparar en eso.

JOSE. Les voy á dejar muy pronto.

LUCIA. ¿Se va usted? Cuánto lo siento.

TOMAS. ¿Cómo, sin ver á su ahijado?
¿Sabes dónde está Lorenzo? (Á Lucía.)

LUCIA. Estudiando como siempre,
solo, con un libro abierto
delante, y los ojos fijos
lo mismo que el pensamiento.
Hablando siempre en latin,
ó mejor dicho leyendo,
y enfadándose conmigo
cuando á interrumpirle llego.
«Lucía, déjame en paz,
si aquí te quedas no leo,»
me dice, y yo le respondo:
«Estar quieta te prometo,
quiero ver qué cara ponen
los que estudian para clérigos.»

JOSE. Ni debes interrumpirle.

TOMAS. No le debes decir eso.

LUCIA. Me fastidio de estar sola
y me aburre su silencio.
Lorenzo desde la infancia
ha sido mi compañero;
saltábamos á la cuerda,
que en saltar era maestro...

TOMAS. Tiene hoy cuidados más graves.

AMPARO. Cállate, Lucía.

LUCIA. Bueno.

JOSE. Ahora voy con el doctor
á visitar á un enfermo.

TOMAS. Yo tambien voy á salir
á ver las viñas; espero
me permita acompañarle.

JOSE. Tendré gran placer en ello.

LUCIA. ¿No llamo á su ahijado?

TOMAS. No,
déjale.

JOSE. Dile á Lorenzo
que he de volver á la tarde.

LUCIA. Voy á decirlo al momento.

(Corre hácia la puerta.)

AMPARO. Dónde vas?

LUCIA. Donde me mandan.

AMPARO. Deja, ya le hablarás luégo.

(D. José y D. Tomás se marchan por el fondo.)

ESCENA IV.

DOÑA AMPARO y LUCÍA.

AMPARO. Ven, hija del alma, ven,
estás mejor, hija mia?

LUCIA. Pero madre, qué manía,
si yo me encuentro muy bien.

AMPARO. Guardas en tu corazon
penas que ocultar procuras.

LUCIA. Tantas veces lo aseguras
que harás que tenga aprension.
Vuelvo á decirte que nada
turba mi felicidad.

AMPARO. Ya no juegas.

LUCIA. Es verdad,
pero es que estoy enfadada.

AMPARO. ¿Que estás enfadada?

LUCIA. Sí,
mi primo me tiene enquina,
me llama *zangolotina*
y hasta se burla de mí
cuando juego.

AMPARO. Bromas darte
querrá.

LUCIA. Pues no me acomoda,
yo sé que su rabia toda
es porque no toma parte.

AMPARO. ¡Jugar él tan sosegado!

LUCIA. ¿Qué, piensas que le disgusta?
pues poquito que le gusta
el *escondite tapado*.
Varias veces le invité
y aceptó con efusion,
sabe vestirme el lloron.

AMPARO. ¡Sabe vestirle!

LUCIA. Sí á fé.
AMPARO. Pues entónces la verdad,
para burlarse...
LUCIA. Eso digo,
mas si él no juega conmigo
lo encuentra una necedad.
Que estoy muy alta asegura
para jugar y correr;
mira qué tendrá que ver
el juego con la estatura.
Mas... francamente te digo
que hace algun tiempo que advierto
que tampoco me divierto
cuando él no juega conmigo.
AMPARO. Este cambio es natural,
ya vas siendo una mujer.
LUCIA. ¿De modo que debo ser
un poquito más formal?
AMPARO. Claro, jugando no pecas,
pero, hija mia, á tus años
son placeres muy extraños
el lloron y las muñecas.
LUCIA. Todas las voy á guardar;
pero entónces ¿que he de hacer?
AMPARO. Algunos ratos leer
y otros coser ó bordar
como yo.
LUCIA. Pues desde luégo,
adios muñecas y flores,
desde hoy pondré las labores
en sustitucion del juego.
Ya de empezar tengo prisa
y lo haré sin pesadumbre,
quiero adquirir la costumbre
para cuando él cante misa.
(Estos dos últimos versos los dice con tristeza y abandonando su habitual tono de niña.)
Ahora le voy á buscar,
le diré que no me riña
que ya no soy una niña,
que no me gusta jugar;
que no tendrá quien le quite

de hacer estudios tan buenos
y... tal vez eche de ménos
el lloron y el escondite.

(Toma á su madre de la mano y ambas desaparecen por la izquierda, mientras Lorenzo entra por la derecha y dirige una mirada á su alrededor.)

ESCENA V.

LORENZO.

Nadie, me agrada el estar
á solas con mi aislamiento
y dejar al pensamiento
que pueda libre volar
cual las aves en el viento.
Dios mio, dame valor
y dime lo que he de hacer,
que ignoro en mi padecer
si ser mártir del amor
ó esclavo de mi deber.
¡Olvidarla! Necio afan
de mi pobre desvarío!
¿Quién detiene al huracan,
quién pone diques al rio
y obstáculos al volcan?
¡Clérigo! De esa mision
yo no soy digno á fe mia,
pues arde en mi corazon
la llama de una pasion
que nunca se extinguiría!
Mas no importa, lo primero
es el deber aunque trunque
mi amor, y olvidarle quiero;
tambien es duro el acero
y toma forma en el yunque.
Y aunque la amo por mi mal
con invencible pasion,
ha de doblegarse igual
el poder del corazon
que la fuerza del metal.

(Se dirige resueltaments á la mesa sentándose de-

lante de ella y abriendo uno de los libros.)

ESCENA VI.

LORENZO, LUCÍA.

LUCIA. ¿Hola, Lorenzo, qué tal?
LOR. Muy bien, y tú, prima mia?
LUCIA. ¿Ya estás con la teología?
¿Estudias mucho?
LOR. Tal cual.
LUCIA. ¡Huy! Estás hecho una fragua
(Cogiéndole las manos.)
Lorenzo, te arden las sienes,
(Tocándole la frente.)
estos libros que tú tienes
te vuelven los sesos agua.
Vaya, deja de estudiar.
LOR. ¿Y si mi padre volviera?
LUCIA. ¿Es tu padre alguna fiera?
¿piensas que te va á pegar?
Tiempo tienes de leer
cuando yo no esté presente.
¿No los dejas?
LOR. Obediente
quiero á tu mandato ser. (Cierra el libro.)
LUCIA. Así me gusta, Lorenzo,
vas siendo muy mal mandado.
¿Hoy pintaste?
LOR. Ni he tocado
con el pincel en el lienzo.
LUCIA. ¿Por qué?
LOR. Porque hay que estudiar
cosas de mayor valía,
estudiando teología
no hay tiempo para pintar.
Siempre de un arcano en pos
sin hallar la consecuencia,
es la más difícil ciencia
porque es la ciencia de Dios.
LUCIA. Así el arte olvidarás
y no harás otro retrato.

LOR. Con el arte seré ingrato
pero olvidarle... jamás.
Como la débil arista
que arrastra en su paso el viento
mi espíritu llevar siento
tras los ensueños de artista.
Yo noto en mi gérmen santo,
que nunca podré explicarte,
y que me lleva hácia el arte
con su poderoso encanto.
y cuando en mi ciego ardor
llego á tomar la paleta,
descansa mi mente inquieta
y hasta respiro mejor.
¡Mas ay! que es locura vana,
pues la realidad cruel
me hace dejar el pincel
por la modesta sotana!

LUCIA. Si no tienes aficion
dí á tu padre que es locura...

LOR. Se ha empeñado en que sea cura
sin medir mi vocacion.
Á Dios tengo amor profundo,
como todos le venero,
pero renunciar no quiero
siendo tan jóven al mundo.
De mí ya encontraré en pos
peligros con que luchar,
que tambien puede un seglar
hacer mérito ante Dios.

LUCIA. Claro, á tu padre procura
disuadir.

LOR. Es imposible,
su deseo es invencible.

LUCIA. ¿De modo.... que has de ser cura?
(Con tristeza.)

LOR. ¡Qué remedio!

LUCIA. Sublevarte,
no aceptar su pretension
y seguir tu vocacion
por el camino del arte.
Tu padre se enfadará,

querrá realizar su empeño,
tal vez te ponga mal ceño,
pero te perdonará.
Dar de virtudes ejemplo
podemos, cosa es sabida,
sin sepultar nuestra vida
en la austeridad del templo.
Yo soy buena, y no es lisonja
que me dirijo, no obstante
no me ha ocurrido un instante
la idea de hacerme monja.
Yo ambiciono disfrutar
realizando mi capricho,
y luégo... madre me ha dicho
que yo me podré casar.

LOR. No hay duda que esa es tu estrella,
tan bonita é inocente
como eres tú...

LUCIA. (Con coquetería.)
Francamente,
Lorenzo, me encuentras bella?

LOR. Decírtelo ya es añejo,
que el espejo con razon...

LUCIA. Me agrada más tu opinion
que la opinion del espejo.

LOR. ¿Y á quién no le ha de agradar
esa frente nacarada,
más pura é inmaculada
que las espumas del mar?
¿Ese talle airoso y leve,
esos labios virginales,
conchas de finos corales
que guardan perlas de nieve?
¿Esa mirada, Lucía,
que en llamas esplendorosas...

LUCIA. Primo, enseñan esas cosas
los libros de teología?

LOR. No tal.

LUCIA. Porque si aprender
se pudiera todo eso,
francamente te confieso
que los quisiera leer.

LOR. Si es que no te causa enojos
ni lo ves como un ultraje,
te diré que ese lenguaje
sólo lo aprendí en tus ojos.

LUCIA. ¡En mis ojos! ¿Cómo fué
aprender tanto primor?

LOR. Mirándolos con amor.
¿Tú me amas, prima?

LUCIA. No sé.

(Esta contestacion la dá encogiéndose de hombros despues de una ligera vacilacion.)

LOR. ¡No sabes!

LUCIA. Es natural,
yo nunca novio he tenido
ni otro amor he conocido,
primo, que el amor filial.

LOR. Vamos, deja tu rubor
y alza del pecho la frente;
pero prima, formalmente,
no sabes lo que es amor?

LUCIA. Jamás ese sentimiento
yo me he podido explicar.

LOR. Pues bien, yo te he de enterar
si quieres en un momento.
Vaga inquietud en el alma
que nos impide dormir,
gozar y á la vez sufrir,
sosiego y falta de calma,
tranquilidad y temor
que nos seduce y lastima,
esto á mi parecer, prima
recibe el nombre de amor.

LUCIA. Y el que curarse procura
de esa enfermedad impía,
¿qué hace?

LOR. Va á la Vicaría.

LUCIA. ¿Y quién le da alivio?

LOR. Un cura.

LUCIA. De modo que si á notar
llegase ese mal mañana,
¿tú vendrás con tu sotana
primo, y me podrás curar?

(Con maliciosa candidez.)

LOR. ¡Yo no!

LUCIA. ¿Pues entónces qué?

LOR. Unidos con tiernos lazos
entre mis amantes brazos
fin á tus penas pondré.

LUCIA. Entónces... amor yo siento
cual lo acabas de decir,
siento impulsos de reir
é impulsos de llorar siento.
Á veces gozo de calmaa
y otras abrigo temor,
primo, no hay duda que amor
es lo que siento en el alma.

LOR. ¿Amor sin límites?

LUCIA. Sí.

LOR. Mas... ¿quién ese amor te inspira?

(Doña Amparo aparece en la puerta del fondo, y al escuchar la pregunta de Lorenzo, no avanza hácia el escenario hasta que la accion lo indica.)

LUCIA. Pues no sabes que respira
mi pecho sólo por tí?

AMPARO. (¡Qué es esto!)

LUCIA. Felicidad
tan sólo encuentro á tu lado.
¡Mi madre! (Viendo á Doña Amparo.)

AMPARO. Que ha penetrado
cuál era tu enfermedad.

(Lucía y Lorenzo dan muestras de la mayor turbacion.)

ESCENA VII.

DOÑA AMPARO, LUCÍA y LORENZO.

AMPARO. ¿Te has asustado?

LUCIA. Un poquito.

AMPARO. Alza la frente, hija mia.

LOR. Tu madre es buena y te quiere.

AMPARO. Ven.

LUCIA. ¡Ay! madre, no me riñas.

AMPARO. ¿Reñirte?

LUCIA. Sé que hice mal,
pero impedir no podía
que pronunciasen mis labios
esas palabras sentidas
que en el fondo de mi alma
ocultar aún pretendia.
AMPARO. ¿Y por qué no confesarlo,
por qué engañarme querías?
LUCIA. Porque yo era la engañada
sin conocerlo yo misma.
AMPARO. Mas tú, Lorenzo...
LOR. Yo... ¿qué?
AMPARO. Responde ¿qué la decías
para que te revelase
su pensamiento mi hija?
LOR. No es natural que lo oculte
y quiero ser franco, tia.
Por complacer á mi padre
usted sabe, y no se admira,
que hace ya bastantes años
que yo estudio teología.
Todo fué fácil al pronto
é iban pasando los dias
hasta que advertí que ya
era una mujer Lucía.
Siempre juntos, siempre solos,
ella cándida y yo artista
me entusiasmaron las gracias
y el encanto de mi prima.
Luché, mas qué quiere usted,
alma y corazon tenía,
y aunque ambos callaban siempre
mis ojos claro advertian
que cada mes que pasaba
ella estaba más bonita.
Hoy no pude resistir;
la dije lo que sentía,
y aunque mi padre se empeñe
no ha de labrar mi desdicha.
AMPARO. Es grave lo que me cuentas.
LUCIA. Qué será, cuando te diga
que hácia aquí viene mi tio!

LOR. Si usted nuestro bien ansía
y protege estos amores,
que su apoyo necesitan,
haga usted porque mi padre
no se oponga á nuestra dicha.
AMPARO. Á labrar vuestra ventura
mi corazon solo aspira,
más no ignoras que sobre él
poder no tuve en la vida.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. TOMÁS.

LUCIA. Hola tio.
AMPARO. Hola, Tomás.
LUCIA. ¿Como está usted?
TOMAS. Muy solícita
te encuentro por la mañana,
y es cosa que no se explica
en tí con todos amable
y solo conmigo arisca.
LUCIA. ¿Arisca yo?
TOMAS. Ya lo creo.
LUCIA. Toma usted unas manías.
TOMAS. Lorenzo, ¿estudiaste mucho?
LOR. Sí señor.
TOMAS. ¿Y ahora que haciais?
LUCIA. Ay mamá, diselo tú.
LOR. Ay, digáselo usted, tia.
TOMAS. ¿Es secreto?
AMPARO. No, Tomás,
contigo no los tendrían.
TOMAS. Parece que mi presencia
os disgusta y contraría.
AMPARO. Es que el caso es algo grave.
TOMAS. Habla, Amparo. (Con impaciencia.)
AMPARO. Tú la dicha
anhelarás de tu hijo
como yo la de mi hija.
Pues bien, escucha, Lorenz
hace poco me decía...

que... quiere casarse.

TOMAS. ¡Cómo
¡Casarse!

AMPARO. ¿Y eso te admira?

TOMAS. ¿Él casarse? ¿Y su carrera?

AMPARO. Ve que aún no está concluida.
Apenas diez y seis años
tu hijo Lorenzo tenía
cuando tú le preguntaste:
—«Qué carrera seguirías
por tu gusto?»—Él contestó:
—«Haré lo que usted me diga:»
Tú le dijiste.—«Sé clérigo,
si así no te contrarías;
y él accedió sin saber
lo que entónces prometía.
Fueron pasando los años,
y hoy claro el amor le indica
no puede ser sacerdote.

TOMAS. Eso es una tontería.

AMPARO. Digo que quiere casarse.

TOMAS. ¿Pero con quién?

AMPARO. Con su prima.

TOMAS. ¡Con su prima! cállate,
no ves que es una chiquilla.

(Lorenzo y Lucía permanecen como avergonzados.)

AMPARO. Tomás, hace poco tiempo
que en nuestro jardin crecía
un rosal, entre sus hojas
apenas se descubrían
algunos tiernos capullos,
como esquivando la vista
de los rayos refulgentes
que su color encendían.
Cerca del rosal, é inmóviles
las crisálidas dormían
con su impenetrable sueño
esperando la hora crítica
de romper su débil cárcel
y tender por la campiña
sus ténues y puras alas
que el sol de color matiza

Tomás, cuando esta mañana
bajé al jardin con Lucía,
ví que los tiernos capullos
eran rosas purpurinas
que embalsamaban el aire
con las esencias más ricas;
y ví aquellas pobres larvas
que despertando á la vida,
sobre las flores, gozosas
sus leves alas batían.
Para operar este cambio
á Dios le ha bastado un dia
tan solo, pues bien, Tomás,
claramente no te explicas
que una mujer pueda ser
la que ayer era una niña?

TOMAS. Basta de comparaciones
y basta de poesía,
ustedes me han engañado
y serme fieles fingían.
Amparo, la culpa es tuya,
pues de una manera inícua
has hecho que mi Lorenzo
se enamore de tu hija.

AMPARO. ¡Yo, Tomás!

TOMAS. Mirarla en breve
establecida querías,
y no hallando digno de ella
entre los que el pueblo habitan
más que á Lorenzo, sin duda
con halagos le dirías
que de su fé se olvidase
para querer á esta niña,
más no puedo consentir
su casamiento, en mis dias
no he de otorgar el permiso.

AMPARO. ¿Y labrarás su desdicha?

TOMAS. (Á Lorenzo.)
No es su desdicha. ¿No es cierto
que ser sacerdote ansías?

LOR. No, padre, eso no es posible,
ántes perderé la vida,

pues conozco demasiado
que virtud me faltaría,
y es la condicion primera
que un clérigo necesita.
De la existencia de Dios
tengo conviciones íntimas,
pero con mucha frecuencia
se pierde mi fantasía
entre las cosas mundanas
y los ensueños de artista.

TOMÁS. ¡Que esto escuche con pacienc
¿Si hace tiempo que sabías
que vocacion te faltaba
y que era tu fé mentira,
si no pensabas ser cura
por qué no me lo decías?
Hoy tus estudios ya hechos,
tu carrera concluida
ó poco ménos, ¿qué harás?

LOR. Seré pintor.

TOMÁS. ¡Qué manía!

LOR. Padre, de tan gran idea
no intente usted que desista,
pues aunque yo lo ambicione
no es fácil que lo consiga.
El águila en raudo vuelo
se alza á la region vacía
y este miserable mundo
desde las cúspides mira.
Pues bien, águila es el genio
que mi corazon ansía,
águila que se remonta
á los cielos atrevida,
y más allá que los cielos
si es posible todavía.

LUCIA. Tio, sea usted amable.

TOMAS. ¿Y don José, qué diría?
Tú harás lo que bien te plazca,
más no esperes te bendiga
ni te perdone tu engaño,
ni á tu casamiento asista.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. JOSÉ.

D. José entra por el fondo estregándose las manos y dando las mayores muestras de satisfaccion.

AMPARO. Aquí viene Don José.
JOSE. ¡Albricias!
TOMAS. ¿Qué pasa?
JOSE. ¡Albricias,
traigo muy buenas noticias.
AMPARO. ¿Buenas noticias?
JOSE. Sí á fé.
TOMAS. Albricias en esta casa.
JOSE. Lorenzo, mi enhorabuena.
TOMAS. (Sí, pues la ocasion es buena
cuando sepa lo que pasa.)
JOSE. Mi buen amigo Ramon,
que de Madrid ha llegado,
me ha dicho ha sido premiado
tu cuadro en la exposicion.
TODOS. ¡Cómo?
LUCIA. ¡Qué felicidad!
LOR. ¡Yo un premio!
JOSE. Vaya, el primero.
LOR. ¿Se engañará el mensajero?
JOSE. No se engaña, que es verdad.
TOMAS. ¡Primer premio!
JOSE. Sí señor,
y además comprado ha sido.
TOMAS. Siempre estuve convencido
de sus dotes de pintor.
LUCIA. ¿Usted convencido? Sí,
porque hoy le ofrecen coronas,
le llamaba *pinta monas*
cuando me pintaba á mí.
AMPARO. Niña. (Reprendiéndola.)
JOSE. Conque deja el ocio,
pintar es tu porvenir,
que juntos bien pueden ir

el arte y el sacerdocio.
Si el mundo su admiracion
entusiasta al genio entrega,
y ha habido un Lope de Vega,
un Tirso y un Calderon;
pues Dios tan divino dote
otorgó á tu fantasía,
deja que en la patria mía
haya un pintor sacerdote.

AMPARO. Pero el caso es, don José,
que no quiere serlo ya.

TOMAS. Intenta casarse.

JOSE. ¡Bah!
es imposible.

LUCIA. ¿Por qué?

LOR. Padrino, bien sabe el cielo
cuánto en mi vida he luchado,
cuanto tiempo he vacilado
para realizar mi anhelo,
pero una quimera vana
hoy mi resistencia ha sido.

TOMAS. Sí, Lorenzo ha preferido
el amor á la sotana.

LUCIA. Vamos, todo se concilia
si lo quieren al momento. (Á D. Tomás.)
¿Se quedará usted contento
si hay un cura en la familia?

TOMAS. Esa fuera mi ventura.

LUCIA. Pues piense en lo que le digo;
este se casa conmigo, (Por Lorenzo.)
tio, y usted se hace cura.

JOSE. Nada, puesto que él ya tiene
resuelto mudar de estado
conocerá demasiado
todo lo que le conviene.
Dejémosle, dominar
no pudo su corazon
y al faltarle vocacion
no se la podemos dar.
(Se dirige á Lorenzo.)
Yo nunca sacrificarte
he podido concebir,

trabaja, tu porvenir
está en el campo del arte.
Toma el pincel, cuadros crea
con tu talento profundo,
y sé el asombro del mundo
desde el fondo de tu aldea.
Sigue de la gloria en pos
donde el genio te encamina,
que el arte es cosa divina
y lo divino es de Dios.

AMPARO. Que consientas es preciso.

TOMAS. Sí, ya resistir no puedo,
Lorenzo, yo te concedo
para casarte permiso.

LOR. ¡Padre!

JOSE. Yo los casaré.

LOR. ¿Cómo pagarle podria...

JOSE. ¿Estás contenta, Lucía?

LUCIA. ¡Ay, que bueno qué es usté!

JOSE. Respeto las afecciones
y ver unidos anhelo
vuestros puros corazones;
hijos, las buenas acciones
abren las puertas del cielo.
Igual podeis conseguir
la gloria eterna los dos,
que no es preciso vestir
sotana para cumplir
con los preceptos de Dios!
(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

3 0112 117465515

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.